



TEORIA DEL CUENTO

UN CUENTO NUNCA ES EL EMBRION DE UNA NOVELA

Antonio FLORES RAMIREZ

EL DESARROLLO de nuestra literatura es un tema de discusión constante, cualquiera que sea la forma de aquélla y el planteamiento de ésta. No escapando a esa tentación, yo también he elaborado una teoría general, que en este caso sólo referiré al cuento.

Con frecuencia, se emiten juicios respecto de que solamente tenemos cuentistas —buenos o malos, pocos o muchos; esto es lo de menos— porque nuestros escritores son perezosos o porque carecen de tiempo, acuciados como están por la satisfacción de sus necesidades, para dedicarlo suficientemente a la creación de novelas. Se dice, también, que careciendo como carecemos de un común denominador nacional y sociológico, nos ha sido imposible encontrar las

motivaciones de gran aliento y de amplia resonancia que caracterizan a la novela.

Ambas apreciaciones son, a mi juicio, equivocadas.

La dimensión interior que caracteriza a un cuento, como específico género literario, estriba en las infinitas posibilidades que condicionan al protagonista, antes y después del momento que se fija y encuadra en la trama precisa y circunscriptora. Todo puede acontecer o haber acontecido fuera de aquel momento, pero nada será capaz de modificar esa su estructura íntima y fugaz. Ahí radica la difícil facilidad que a muchos atrae y a muchos arrestra.

Un cuento es. O no. Pero por sí mismo. Jamás

podrá ser el embrión de una novela. De la misma manera que una novela nunca es un cuento extenso, o extendido; y entiéndase bien la diferencia de matiz en estos dos participios. Esto, tan obvio, escapa sin embargo a una cantidad enorme de lectores en quienes fuera de suponer una cierta cultura literaria y, con ella, cierto discernimiento. Pero todavía es más lamentable que lo propio acontezca aun entre quienes se sienten escritores potenciales, o que ya lo son en cierne.

Un cuento bien hecho no es el resultado de la suma de unos minutos, solamente. Requiere una tenacidad de esfuerzo cuya medición está fuera de lo cronológico, sin que esto deje de considerarse. En ello acontece algo similar a lo que se da en los fenómenos de la electricidad: para ésta pueda hablarse de amperes, ohms, vatios y voltios, ya que con cada uno de esos términos se estará ponderando alguna de sus cualidades, inconfundiblemente y sin perder de vista su esencia íntima; empero, la utilización de uno no elimina a otro de ellos ni a su referencia específica, sino que, por lo contrario, se los relaciona de modo ineludible y conciso.

La referencia de tales mensores eléctricos como homólogos de los existentes en diversos géneros literarios no es hecha por mí al acaso. Pero por ahora me concretaré a rebatir los asertos respecto de que carecemos de un común denominador nacional y sociológico, a la manera del que tienen otros pueblos.

Es verdad que estamos en trance de formación, si se nos compara con gente como los ingleses; pero también lo es que tenemos cierta homogeneidad, superior a la que poseían los argentinos cuando fue escrita *Don Segundo Sombra*. Y sin embargo de ello, Güiraldes fue capaz de escribir esa novela que habla a la sensibilidad de todo el pueblo argentino, contrariamente a lo que acontece en nuestro país, aun ahora, donde no se puede encontrar el equivalente, ya que ni *Los de abajo*, ni *Ulises criollo*, ni *El águila y la serpiente* —ni *Tomochic*, para irnos un poco atrás en el tiempo— dicen lo mismo a los varios estratos de lectores que hayan tenido o tengan tales novelas.

Acontece, sí, que por un *fatum* cuya observación a nadie escapa, hay una tendencia en cierto modo morbosa por mantener un hibridismo en lo que mira a los diversos estamentos de que está formada nuestra sociedad económicamente hablando, y otro del mismo tipo en lo concerniente a las varias corrientes étnicas que desembocan en el mexicano actual. Así, hay novelas y cuentos cuyos autores impregnan —o intentan hacerlo, cuando menos— de lo que llaman *mensaje*. En ellas, se habla con un folklorismo postizo, de charros de utilería desprendidos de calendarios y de películas, pintados y hechos por gente que desconoce absolutamente la vida rural, pero que supone o cree firmemente que está retratando lo *revolucionario*. Y del mismo modo, se abren concursos para que se exalte con denuedo e inverecundia lo indígena o lo español, como si ello fuera lo verdadero y limpiamente contributivo a formar y acendrar la nacionalidad.

No es verdad que falte un denominador común. Falta, sí, gente a quien no amedrenten los tabús prefijados por los radicales de todos los colores y que puedan ver por encima de esos valladares el horizonte amplio que ya tenemos.

La vida urbana, pese a que su población es menor que la del campo, es la que permite o exige leer. Y a tales potenciales lectores, a quienes se destina esa literatura de ficción, no se les habla en un reflejo de sus motivaciones, ni se pervade a esos libros de los problemas que arrostran cotidianamente, a fin de darles suficiente fuerza de atracción.

Cualquiera que sea la filosofía que se adopte para juzgar, se concluye que ni la molición ni el agotamiento físico —manifestaciones del vivir en los extremos económicos— son estados propios para leer. Así pues, es la gente de genuina clase media la que durante su inescapable vida citadina lee con más asiduidad y una mayor cantidad de libros. Sin embargo, una superficial revisión de nuestros cuentos y de nuestras novelas demuestra que entre nuestros escritores no hay la menor preocupación por encontrar a sus lectores, sino que producen adventiciamente.

Pasemos ahora a sostener nuestra segunda afirmación: es el cuento de unas cuantas cuartillas lo que más ha seducido recientemente, por cuanto que la vida actual y su *tempo* condicionan con exceso para re-crear los acontecimientos en sí mismos. Ello no significa, desde luego, que se carezca de horas más o menos para urdir tramas prolongadas. Acontece que aquello que se ve pasar transcurre en verdad

muy fugazmente; así, lo que ve el escritor equivale a *ene* amperes. Y la intensidad emocional de tales acontecimientos depende de la sensibilidad del escritor, que actúa como otro factor, siempre en estrecha relación con el ya dado.

De esta manera, vemos que O'Henry, Chejov, Manlove Rhodes tienen características por completo diferentes a las de Steinbeck, Stendahl, Tolstoi y Balzac, por ejemplo. Y ello no porque estuvieren colocados en estamentos económicos distintos y en momentos diversos, sino porque su ubicación espiritual así como su poder receptivo de hechos es el que difiere. Así, el cuentista exige de sí mismo una captación instantánea y el novelista una actitud discursiva.

Ahora bien, cuando hablo de literatura de ficción no quiero decir, en manera alguna, meramente imaginada por sus autores. Contrariamente, en los escritores se delata casi siempre la re-creación; es decir, hechos que han sido vistos u oídos y que, más tarde, en un fructuoso reposo van siendo vueltos a hacer, con los naturales ingredientes que el autor, si lo es en verdad y no se limita a un adobo de plagios, ha de poner.

O'Henry fue, en efecto, un atento observador de la vida que ante sus ojos ponía Nueva York. Del mismo modo, Manlove se adosó a las praderas del oeste norteamericano mientras observaba lo que en ellas acontecía. Si después pusieron a trabajar su mente, a fin de acrisolar lo que vieron, ello corrobora mi aserto de que la brevedad espacial de un cuento no responde por fuerza a la rapidez con que haya podido ser escrito, puesto que muchas veces tal proceso de maceración requiere tanto tiempo como el que tomaría a un novelista construir alguno de sus trabajos.

No, en ninguno de esos momentos hay partenogénesis. Los hechos engendran en la mente del observador, éste concibe durante el tiempo que sea necesario, y después viene el alumbramiento. Si los frutos son o no idóneos, ello es independiente de estos lapsos y ha de ser atribuido a otros factores. Pero entre nosotros acontece que los autores se sienten potencialmente genios a quienes no hace falta estímulo alguno. Y esto es ya un pecado original en sus obras. Muchos de ellos ni siquiera leen, y se jactan de ello, sobre el supuesto —para ellos— de que la literatura es un don extraterrenal que habrá de llegarles infusamente.

“La imitación proporcional al individuo, la seguridad de no hallarse solo en sus actos, y, además, apoyándose en las anteriores ejecuciones de la misma acción como en firme cimiento, descarga de nuestro acto presente la dificultad de sostenerse a sí mismo. Engendra, pues, en el orden práctico la misma peculiar tranquilidad que en el científico gozamos cuando hemos subsumido un fenómeno bajo un concepto genérico. Cuando imitamos, no sólo transferimos de nosotros a los demás la exigencia de ser originales, sino también la responsabilidad por nuestra acción. De esta suerte, se libra el individuo del tormento de decidir y queda convertido en un producto del grupo, en un receptáculo de contenidos sociales. El instinto imitativo, como principio de la vida, caracteriza un estadio de la evolución en que existe ya el deseo de actuar de modo adecuado por propia cuenta, pero falta aún la capacidad de dar a ese deseo contenidos individuales”.

Las afirmaciones anteriormente transcritas pertenecen a Simmel, en ese maravilloso estudio que hizo respecto de la filosofía de la moda, que en términos generales está referida a la manera de vestirse, pero que en ciertas apreciaciones bien puedo utilizar para convalidar mis asertos respecto de la teoría aquí sostenida.

A varios de nuestros escritores, se les ha imputado la adopción de este o aquel estilos. Se dice que escriben *a la manera de*. Pero esos mismos críticos —de buena o mala intención— experimentarían alguna satisfacción si los juzgados escribieran *a la manera de* otro de sus preferencias, digamos ideológicas. De esta suerte, el cargo tiene en sí mismo su invalidez puesto que no es la influencia lo que vituperan sino el modelo de que pudo haber sido tomada.

En resumen: lo que es indispensable a nuestros escritores, de cuentos por lo pronto, es la búsqueda amorosa y sagaz de lo que acontece, limitando la introspección al acto recreativo, sujetándose a las reglas tácitas de ese género literario que no es mera anécdota ni novela corta, como lo explicó alguna vez uno de sus más devotos practicantes. Esta teoría no ha quedado sino bosquejada, pero ya vendrán otras oportunidades para fijarla como tal.

